

SAN NARCISO, David, *La monarquía en escena. Ritualidad pública y legitimidad política en el liberalismo español (1814-1868)*

Madrid, CEPC, 2022, 346 pp.

Josep Escrig Rosa

Universidad Nacional Autónoma de México, México

Josep.escrig@uv.es

Cómo citar esta reseña: ESCRIG ROSA, Josep (2023). San Narciso, David, *La monarquía en escena. Ritualidad pública y legitimidad política en el liberalismo español (1814-1868)*. *Pasado y Memoria*, (26), pp. 494-498, <https://doi.org/10.14198/pasado.23503>

En 1855, durante el llamado Bienio Progresista, el moderado Juan Rico y Amat publicó su sarcástico *Diccionario de los políticos, o verdadero sentido de las voces y frases más usuales entre los mismos*. En él se definía la monarquía constitucional como un «moderno balancín» en el que se columpiaban el trono y la nación, situados cada uno en su respectiva punta. Según la descripción, cuando el primero se hundía demasiado por su peso cabía el riesgo de que la segunda se cayera y descalabrara. Lo mismo podía suceder a la inversa. Lo más difícil, remataba, era «nivelar el peso de ambos extremos y evitar esos peligros». De alguna forma, la metáfora –bastante parcial e interesada– daba cuenta de la larga pugna entablada hasta entonces entre la monarquía y la nación liberal. Una pugna que había atravesado el proceso de construcción del Estado-nación durante la primera mitad del siglo XIX y todavía continuaría en los siguientes años. En este sentido, la obra que nos ocupa, de David San Narciso Martín, se ubica en el centro del problema histórico apuntado desde la perspectiva de las ceremonias monárquicas y de la ritualidad pública durante los reinados de Fernando VII e Isabel II, entre 1814 y 1868. A través de lo que

el autor llama la «cuestión ceremonial», el estudio nos muestra la conflictiva bidireccionalidad ritual entre la monarquía y la nación. De este modo, según se explica, las ceremonias monárquicas se convirtieron en un elemento clave para la Corona a la hora de legitimarse en el nuevo orden surgido de la revolución. Al mismo tiempo, los liberalismos españoles, de manera similar a los europeos, comprendieron las posibilidades de instrumentalizarlas en favor de sus intereses políticos.

El autor nos traslada vívidamente a las calles, plazas y salas donde se desarrollaron las ceremonias monárquicas, tanto en Madrid como en otros puntos de la geografía española. Igualmente, a través de sutiles análisis nos guía por los conflictos cotidianos –pero extraordinariamente simbólicos– del Palacio Real. Así, en el libro se explora la compleja organización de las ceremonias, los usos que se hicieron de estas y la recepción de las mismas. Para todo ello, San Narciso se ha valido de una copiosa documentación conformada por fuentes de archivo, reportes diplomáticos, prensa, diarios, memorias, literatura. A la postre, el análisis de esa sustanciosa información da cuenta de que el caso español, con sus peculiaridades y ritmos, no fue una anomalía histórica en la trayectoria de la Europa occidental.

Tras la primera experiencia revolucionaria, San Narciso apunta la importancia que adquirieron las ceremonias durante la operación restauradora fraguada desde la salida de Fernando VII de Valençay hasta su consolidación en el trono. En ese momento adquirió una gran relevancia la sacralización del rey, garante de la fe supuestamente amenazada por el liberalismo. Sobre la recepción del monarca tenemos visiones encontradas. Para los reaccionarios fue el pueblo quien, de manera unánime y franca, recibió al soberano absoluto con grandes aclamaciones. Para los liberales, en cambio, se trató de una manipulación muy distinta a los sucesos espontáneos de 1808. En cualquiera de los casos, esa disputa exhibe la importancia simbólica que tuvo el retorno del rey, el papel cada vez más protagónico que iba adquiriendo el pueblo, como sujeto político activo, y la centralidad que Fernando VII otorgó a la ritualidad como elemento de legitimación. En este sentido, para el caso de las ceremonias, la Restauración no supuso tampoco una completa vuelta atrás. Si bien se restituyeron las etiquetas de 1647, el nuevo tipo de absolutismo implementado, basado en la concentración del poder en el rey sin intermediarios ni límites, acabaría dando una impronta distinta a la tradición. El monarca, como árbitro último de las decisiones, a menudo a través del mayordomo mayor, dispuso sobre las ceremonias a su conveniencia y las reinterpretó. Algo similar hizo con las festividades civiles y religiosas en las que participó, en este segundo caso dando lugar a enfrentamientos con el clero que evidencian, desde otro ángulo,

la inestabilidad de la mancuerna entre el Trono y el Altar. Ambos, recordemos, se enfrentaban por el poder.

La revolución de 1820 vino a trastocar el panorama descrito. Gradualmente, durante los años del Trienio Liberal Fernando VII dejó de asistir a las ceremonias públicas (1821) y a las realizadas en las Cortes (1823). La supremacía de la nación –con todas sus implicaciones simbólicas y soberanas– era algo que el monarca no estaba dispuesto a tolerar. Sin embargo, en el Palacio Real y los Reales Sitios, en su «casa», el rey intentó seguir ejerciendo el poder absoluto que el liberalismo le negaba. El monarca constitucional que viajó «cautivo» de los revolucionarios hasta Sevilla y Cádiz, siguiendo lo dispuesto por las Cortes ante el avance de las tropas francesas, retornó, en un sentido inverso, como absoluto en medio de un ambiente festivo y represor. Tras la experiencia traumática del Trienio, durante los inicios de la Década Ominosa Fernando VII impulsó una renovada ritualidad basada en la exaltación de su persona, prescindiendo incluso de la dimensión religiosa que se observó en 1814. De ahí en adelante, el monarca se encargó de neutralizar política y simbólicamente a su hermano Carlos María Isidro, retirándole apoyos económicos y dejándole en un plano de inferioridad en las ceremonias cortesanas y públicas. Ante la inestabilidad generada por las sublevaciones realistas, otra estrategia seguida por el rey fue promover la dimensión popular de la monarquía, resaltando su carácter paternalista y más humano. Ello resultó evidente en el largo viaje que los soberanos realizaron entre mediados de 1827 y agosto de 1828 por Cataluña, Valencia, Zaragoza, Navarra, País Vasco, Burgos o Valladolid. El matrimonio del monarca con María Cristina y su embarazo aceleraron la tendencia apuntada.

Como incide San Narciso, el nacimiento de la princesa Isabel y la necesidad de legitimarla como heredera al trono implicaron cambios sustanciales en la ritualidad de la monarquía. En ese tiempo los episodios gloriosos del pasado nacional se proyectaron hacia el presente y el futuro en una suerte de línea de continuidad histórica. En esta, la muerte de Fernando VII en octubre de 1833 marcó un punto de inflexión. El inicio del reinado de Isabel II supuso que ahora era una mujer la que estaba a la cabeza de la Corona. Necesariamente, ello implicó un replanteamiento de los ceremoniales y de las estructuras cortesanas. Sin embargo, según señala el historiador, durante la regencia de María Cristina resultó muy difícil explotar públicamente la dimensión ritual de la monarquía, entre otras cuestiones por la desidia que mostró la reina gobernadora. Hubo de ser una nueva coyuntura revolucionaria, la de 1835-36, la que llevara a un giro de timón forzado para la Corona, obligada a plegarse ante la nación liberal en medio de la guerra civil. Para el liberalismo era una urgencia que Isabel II

saliera de los muros del Palacio Real –donde habitaba el fantasma de la reacción– y participara así en los eventos militares y en ceremonias cortesanas y de mayor carga política, como las aperturas de los ciclos legislativos en las Cortes. Es más, para 1838 se procedió a la reorganización de la Casa Real por medio de una nueva reglamentación llamada Etiqueta General de Palacio. Tras el exilio de María Cristina, tanto Espartero como la coalición de gobierno que derribó su regencia incentivaron la presencia pública de la monarquía, de la reina, como elemento legitimador. Peligrosamente, Isabel II, declarada mayor de edad en octubre de 1843, quedaba ligada a los vaivenes de la política. Como ha dado buena cuenta la historiografía, y se refuerza en esta obra, en los siguientes años se verían los resultados negativos de su participación activa en la misma.

Los inicios de la Década Moderada conllevaron nuevos cambios de etiqueta. La reina soberana se situó en el centro de las ceremonias de la monarquía. Estas se reactivaron y reinventaron con la vuelta de María Cristina. Además, en el nuevo contexto, se replegaron hacia el interior, hacia la Corte y el Palacio Real. Los moderados buscaron controlarlas, si bien se encontraron con los escollos que puso la reina madre, quien buscó imponer una agenda ritual propia. Dicha orientación quedó clara durante los viajes que realizó junto a Isabel II a Barcelona, Valencia y las provincias vascas. No obstante, el paulatino alejamiento de la monarquía respecto de la nación liberal, como denunció la prensa progresista, empezó a abrir una brecha entre aquella y las bases sociales populares de la capital. Dicho distanciamiento se aceleró a partir de 1847, cuando la reina tomó el control de su vida privada y de la Casa Real. Ese año se sucedieron los conflictos rituales, de marcado cariz político, con la aristocracia o –especialmente– con su marido, Francisco de Asís. En adelante, el giro reaccionario del matrimonio real y su camarilla, unido a la autonomía moral y política con que actuaba la soberana, aumentaron el desprestigio de la Corona.

La revolución de 1854 puso freno a la deriva enunciada y activó los resortes de un doble proceso: por un lado, trató de ensamblar de nuevo la monarquía y la nación liberal; por otro, impulsó la regeneración de la Corte y sus ceremonias. Con el fin del Bienio, y tras unos tensos momentos de impasse, durante los años de la Unión Liberal se dio lugar a aquello que San Narciso llama «el viraje ceremonial de la Corona». Esto es, un renacer ritual y propagandístico de la monarquía, pretendidamente enraizada en los valores y premisas del mundo posrevolucionario. Se ensayó entonces un doble programa de popularización y nacionalización monárquica. Sus éxitos se midieron en el contexto de la Guerra de África y en los largos viajes que la familia real realizó a partir de 1858, en los que la reina dio a conocer por prácticamente todo el país al príncipe heredero, Alfonso. Esos esfuerzos, sin embargo, se malograrían en los siguientes años.

Entre 1864 y 1868 el sistema entró en una crisis que se tornó irreversible. La entropía política significó también un creciente descrédito de la imagen pública de Isabel II, instrumentalizada por partidos muy fragmentados. Igualmente, la ritualidad de la monarquía se cuestionó. En expresión de Benito Pérez Galdós, recogida por San Narciso, la reina se sentía «metida en un laberinto». La salida del mismo, como sabemos, fue el exilio.

En suma, estamos ante una obra que, a través de las cuestiones ceremoniales y los debates públicos sobre ellas, nos presenta una visión actualizada del periodo abordado. En sus páginas el lector encontrará novedosos planteamientos, sólidas reconsideraciones y sugerentes hipótesis para seguir investigando. Bien vale la pena concluir señalando que la calidad del trabajo y los esfuerzos realizados por el autor le han valido el Premio Extraordinario de Doctorado y el XIII Premio «Miguel Artola» de la Asociación de Historia Contemporánea.